

parapetados con ellas hacían contra los nuestros descargas mortíferas; pero los dos bizarros regimientos franceses de Dupás los desalojaron, les cogieron trescientos prisioneros y pasaron más allá de la línea de las barracas precipitándose sobre los cuadros. Rompió uno de ellos el 5.º ligero, que iba á la cabeza, le quitó su bandera y le hizo prisionero. El 19 apoyó esta acción vigorosa; coadyuvaron á ella igualmente dos batallones sajones agregados á Dupás, los granaderos de Rudlof y de Melsch. Ya iba la línea austriaca á quedar rota, cuando los nuestros recibieron por la espalda repentinamente descargas que les causaron gran sorpresa é inquietud. Era que las dos columnas del ejército de Italia, mandada la una por Macdonald y la otra por Grenier, después de haberse arrojado al Russbach atravesándole, trepaban á la meseta con el arma al brazo, é iban á incorporarse con Dupás, cuando divisaron á los sajones de éste, y tomándolos por enemigos hicieron fuego sobre ellos. Este inesperado ataque por la espalda desconcertó á los sajones: replegarónse disparando contra las tropas de Macdonald y Grenier: éstas, creyéndose acometidas de frente y sufriendo al mismo tiempo por el lado de Baumersdorf, donde el cuerpo de Hohenzollern se había mantenido firme, una embestida de flanco, perdieron la serenidad, y la noche convirtió su turbación en terror pánico. Precipitáronse por el monte abajo, seguidas de los sajones aterrados, y diéronse á huir con increíble desorden. Quedó Dupás solo en punta con sus dos regimientos, y acometido por todas partes por el cuerpo de Bellegarde que el mismo archiduque Carlos en persona había reorganizado, tuvo que ciar y que abandonar la mesa, sufriendo cargas reiteradas de infantería y de caballería. Oudinot suspendió el ataque de Baumersdorf y Bernadotte abandonó á Wagram, que había ya casi conquistado, para aproximarse á Aderklaa.

En esta refriega perdió la división de Dupás unos mil hombres, y dispersáronse sus dos batallones sajones, que se habían entregado á los austriacos con excesiva premura: al ejército de Italia se le extraviaron otros mil hombres. Afortunadamente la caballería, recorriendo el campo en todas direcciones, reunió á los soldados errantes con sus respectivos cuerpos. Nuestro actual ejército, aunque no menos valiente que el de Austerlitz y Friedland, era sin embargo menos experimentado y excesivamente numeroso y compuesto de elementos demasíadamente heterogéneos para que fuese tan firme, sufrido y diestro en las maniobras como aquél. Pero este revés era de poco momento entre el paso maravilloso que acababa de verificarse y la gran victoria que podía esperarse para el siguiente día.

Mandó Napoleón á todos sus cuerpos que pasasen la noche en las posiciones tomadas al fin de la jornada, pues su centro seguía siendo muy robusto y podía llevar socorro á cualquiera de las alas que lo hubiese menester. No había bosque alguno en la llanura ni podían encenderse hogueras: privación asaz penosa, aunque en el mes de julio, porque era la noche fría. Echóse cada cual sobre su capote: los soldados tomaron una ración de galleta y aguardiente; el mismo Napoleón para calentarse no tuvo en su vivac más que unos cuantos haces de paja. Pasó varias horas conferenciando con sus mariscales para que se penetrasen bien de sus intencio-

nes, y los despidió antes de rayar el día, excepto á Davout, que quedó con él hasta la aurora. Era aquella la tercera noche que pasaba en pie ó á caballo.

Entretanto el archiduque Carlos había por fin tomado disposiciones formales para la batalla, porque al día siguiente era forzoso precipitar al ejército francés al Danubio, ó entregar su espada al vencedor de Marengo y de Austerlitz. Siempre el generalísimo austriaco había tenido la idea, sugerida por un largo estudio de aquel campo de batalla, de oponer al movimiento ofensivo de los franceses su izquierda acampada en las alturas de Neusiedel á Wagram, tomar después á su vez, mientras los franceses estuviesen ocupados delante de aquella especie de campamento atrincherado, la ofensiva contra ellos con su derecha replegada al frente, dejarse caer así sobre el flanco, separarlos del Danubio y después de reducirlos á la defensiva hacer bajar de las alturas de Wagram su misma izquierda para repelerlos al río con todas sus fuerzas reunidas. Esperaba además que mientras su izquierda defendiese las orillas de Russbach y su derecha acometiese á los franceses de flanco, el archiduque Juan, subiendo desde Presburgo, acudiría á acometerlos por la espalda y que no podrían sostenerse contra una reunión de esfuerzos semejante. Todo esto hubiera sido posible y aún probable si, maniobrando como Napoleón, hubiese el archiduque llevado al campo de batalla treinta ó cuarenta mil hombres más; si en tiempo oportuno hubiese avisado á su hermano Juan, y por último si, aprovechando la circunstancia de tener de antemano conocido el campo de batalla, hubiese acumulado en Neusiedel y Wagram fortificaciones que hiciesen inexpugnable aquel campamento atrincherado. Entonces un mero ataque de flanco contra los franceses, debilitados ya por una tentativa infructuosa, habría producido resultados infalibles. Pero el archiduque Carlos nada de esto hizo, según dejamos dicho; limitóse á construir en el terreno que había que defender barracas para sus tropas, y no envió á su hermano Juan la orden de incorporarse con él hasta la víspera por la noche, es decir, hasta el 4. El servicio que prestaron aquellas simples barracas á sus tropas en la refriega de la noche, y el que prestaron al día siguiente, bastaba para dar una idea de lo que hubiera podido suceder si los obstáculos naturales de aquel terreno se hubiesen aumentado con fortificaciones considerables.

Dictó el archiduque Carlos sus órdenes en una de las casas medio incendiadas del pueblo de Wagram, que había evacuado Bernadotte. Mandó á su izquierda que no entrase en acción hasta que su derecha, puesta en movimiento aquella misma noche, hubiese cerrado con los franceses y empezado á desconcertarlos con el ataque de flanco que tenía encargo de dar. Esta ala, compuesta de los cuerpos de Klenau y de Kollowrath, debía emprender la marcha inmediatamente, esto es, á la una ó las dos de la noche, precipitarse sobre nuestra izquierda, donde estaba solo el cuerpo de Massena, y repelerla de Kagrán y Aspern y de Süßenbrunn á Breitenlee. Inmediatamente después las reservas de granaderos y coraceros, formando entre Gerarsdorf y Wagram el vínculo de unión de la derecha con el centro, debían avanzar sobre Aderklaa é incorporarse allí con una parte del cuerpo de Bellegarde, traída al efecto de la

mesa de Wagram. Pronunciado este movimiento, la izquierda, formada por los cuerpos de Hohenzollern y Rosemberg, debía bajar á su vez sobre Baumersdorf y Neusiedel, atravesar el Russbach, tomar los pueblos de Grosshofen y Glinzendorf ocupados por el mariscal Davout y completar de este modo la doble maniobra de flanco y de frente, que según los cálculos del generalísimo debía dar por resultado el lanzamiento de los franceses en el Danubio.

No sabemos por qué en este plan el cuerpo del príncipe de Reuss, que apoyaba en el mismo Danubio y estaba por consiguiente más inmediato á este río que el cuerpo de Klenau y que además terminaba cerca de Stammersdorf el ala derecha de los austriacos, no recibió orden de concurrir, á las operaciones de esta ala y de hacer así más irresistible el ataque que tenía que ejecutar. La necesidad de observar el desembocadero de Viena no era tan grande para condenar á la inmovilidad á todo un cuerpo de ejército, puesto que era evidente al ver el paso de los franceses por la isla de Lobau que no meditaban por entonces otro paso ninguno. Ultimamente las órdenes debieron haberse dictado tomando en consideración el tiempo y las distancias, de modo que cada cuerpo hubiese podido obrar en el momento oportuno, y que la izquierda, por ejemplo, que por causa de su proximidad iba á recibir las órdenes del generalísimo mucho antes que la derecha, no emprendiese su movimiento hasta que ésta hubiese ocasionado en los franceses la conmoción y desorden consiguientes á la embestida de flanco, que permitiesen acometerlos de frente con buen éxito. Pero sólo los hombres de ánimo resuelto saben hacerse entender y obedecer en todo, en la guerra, en la administración, en el gobierno.

Las órdenes del generalísimo, despachadas de Wagram por la noche, llegaron en menos de una hora á la izquierda, esto es, á los cuerpos de Hohenzollern y de Rosemberg, que se hallaban á una legua de distancia, entre Wagram y Neusiedel, y tardaron más de dos en ser transmitidas á la derecha, esto es, á los cuerpos de Kollowrath y Klenau, que estaban á más de dos leguas de distancia, entre Gerarsdorf y Stammersdorf, y que fué preciso buscar en medio de una extremada confusión. Para mayor desgracia, en la retirada verificada aquella noche, el cuerpo de Klenau se había aproximado demasiado á Gerarsdorf y había ido á ocupar el puesto que estaba destinado al de Kollowrath. Fué, pues, menester, ya para unirse en la obscuridad con los cuerpos que formaban la derecha, ya para hacerles tomar la posición de batalla, más tiempo del que se había calculado en el cuartel general, y eran ya cerca de las cuatro y apenas habían empezado su movimiento. Por el contrario, la izquierda, advertida en aquel mismo momento con más prontitud, no estando expuesta á perder tiempo para hallar su posición, iba á maniobrar la primera, cuando sólo debía hacerlo bastante después de la otra.

Mientras todo era movimiento en el campo de los austriacos, y mientras sus tropas se fatigaban rectificando sus posiciones equivocadas en vez de estar descansando, entre los franceses reinaba una quietud profunda. Merced á Napoleón, que, habiendo reforzado bien su derecha por causa de la llegada posible del archiduque Juan, y todavía más su centro, donde había acumulado fuerzas considerables, no tenía más que permanecer

quieto esperando á que el enemigo se cuidase de descubrir sus designios, dormían todos echados en el campo que acababan de conquistar. Napoleón había mandado á sus mariscales que estuviesen sobre las armas desde que quebrase el día, pero que dejasen á los austriacos pronunciarse antes de operar, para saber con firmeza en qué punto se les podría dar el golpe mortal. Inclínabase no obstante á hacer que Davout y Oudinot tomasen las alturas de Neusiedel á Wagram y á romper al mismo tiempo el centro con el ejército de Italia, los sajones y el cuerpo de Marmont, mientras Massena se ciñese á contener con sus cuatro divisiones la derecha de los austriacos desde Aderklaa al Danubio. Reservábase los bávaros, la guardia imperial y la caballería pesada, para ocurrir á los casos imprevistos. Estos mismos planes estaban subordinados al acontecimiento principal.

El 6 de julio, á las 4 de la mañana, día por siempre memorable, empezó el fuego por la izquierda de los austriacos y la derecha de los franceses. El príncipe de Rosemberg, á quien equivocadamente se le había dicho que debía entrar en acción á las cuatro, bajó de las alturas de Neusiedel, que de lejos se distinguían por una gran torre cuadrada, atravesó el Russbach por el mismo pueblo de Neusiedel, y avanzó en dos columnas sobre Grosshofen y Glinzendorf, que acometió con bravo ímpetu.

El mariscal Davout tenía á su disposición sus tres divisiones acostumbradas, de Morand, Friant y Gudin, además la pequeña división de Puthod, compuesta de los cuartos batallones (1), seis regimientos de caballería ligera mandados por el general Montbrún, tres de dragones que mandaba el general Grouchy y los cuatro regimientos de coraceros de Espagne, regidos por el general Arrighi (después duque de Padua). La izquierda de Friant y la derecha de Gudin enviaron destacamentos á defender el pueblo de Glinzendorf, mientras la división Puthod se encargaba de disputar al enemigo el pueblo de Grosshofen, detrás del cual había pasado la noche. Corría de un pueblo al otro una línea de montones de tierra, y al amparo de estos parapetos naturales, nuestros soldados, colocados con inteligencia, rompieron un fuego de fusilería nutrido que hizo infinito daño á los austriacos, sin que éstos nos lo hiciesen muy grande á nosotros. Al oír las detonaciones envió Napoleón sus lugartenientes al general Mathieu Dumás con la orden de que no arriesgase el menor movimiento ofensivo y se ciñesen á mantenerse con firmeza en el terreno que ocupaban hasta que le enviasen sus instrucciones definitivas; hecho lo cual voló á la derecha, donde estaba el mariscal Davout. Divisó en el camino clara y distintamente las dos columnas austriacas, que, desembocando al otro lado del Russbach, atacaban los pueblos de Glinzendorf y Grosshofen. Seguíale una brigada de coraceros de Nansouty, provista de unas cuantas baterías de artillería ligera; las encaminó sobre el flanco de la columna que atacaba á Grosshofen, y bueno fué que así se ejecutara instantáneamente, porque aquella columna, cansada de sufrir estérilmente las descargas mortíferas de la fusilería, había atacado el pueblo y to-

(1) Había pasado del mando de Demont al de Puthod (N. del A.)



mádolo á la bayoneta. Pero el general Puthod, resuelto á recobrarle, le asaltó á su vez al frente de una reserva, y auxiliado por la artillería ligera de Nansouty, consiguió enseñorearse de él. Repelidos así de frente los austriacos y acribillados á metrallazos por el flanco, tuvieron que retroceder hasta el Russbach. Lo propio sucedió con la columna que desembocó de Neusiedel sobre Glinzendorf: encontráse de frente con la derecha de Gudín y la izquierda de Friant y con la artillería ligera de los coraceros del general Arrighi por el flanco, y tuvo que replegarse sobre el mismo arroyo. Esta primera tentativa iba á repetirse con mayor ímpetu por el príncipe de Rosenberg, cuando el archiduque Carlos juzgando con razón que su izquierda empezaba la batalla antes de tiempo, le mandó aflojar y no internarse todavía demasiado. Entonces el príncipe de Rosenberg recobró su posición en las vertientes de Neusiedel, detrás del Russbach.

El tiroteo de fusil y de cañón se hizo entonces general en todo aquel inmenso frente de tres leguas, formado por trescientos mil hombres y mil cien bocas de fuego. Napoleón, que advertía en todas partes una especie de ataque simultáneo por el enemigo, sin proyecto claramente descubierto, juzgó no obstante que convenía en todo caso tomar las alturas de Neusiedel para ocupar el punto hacia el cual podían reunirse los archiduques Carlos y Juan. La sola inspección del terreno indica lo que era preciso hacer para tomar aquella especie de campamento atrincherado. Las alturas que formaban la mesa de Wagram ceñían las orillas del Russbach hasta Neusiedel. Al llegar á la torre cuadrada de Neusiedel torcían hacia atrás, y desviándose del Russbach sólo presentaban una pendiente suavísima de muy fácil acceso. Bastaba, pues, pasar el Russbach un poco más á la derecha y lejos del fuego del enemigo, replegarse luego para abrazar la línea de las alturas y tomar por el flanco la posición de los austriacos. La caballería ligera de Montbrún y los dragones de Grouchy tuvieron encargo de preparar rápidamente los medios de pasaje. Después se dió á las divisiones de Morand y Friant la orden de atravesar el Russbach, de avanzar formando un ángulo recto con las divisiones de Gudín y Puthod y de embestir la mesa de costado y por la espalda mientras éstas la embistieran de frente. Una vez tomado el ángulo cuyo vértice marcaba la torre cuadrada, esperaba Napoleón hacer que Oudinot asaltase á Baumersdorf y el ejército de Italia á Wagram. Tomados que fueran estos diversos puntos, bien podía el archiduque Juan aparecer en el campo de batalla; pero sería tan sólo para presenciar una derrota.

No bien estaban tomadas estas disposiciones de concierto con el mariscal Davout, cuando se vió repentinamente rodeado Napoleón de ayudantes despachados por Massena y Bernadotte para anunciarle que la jornada había comenzado con malos auspicios, así en la izquierda como en el centro, y para reclamar al mismo tiempo su presencia y su socorro. Graves acontecimientos, en efecto, aunque remediables, habían ocurrido en el centro y en la izquierda, como puede fácilmente colegirse de las disposiciones que dejamos atrás indicadas. El mariscal Bernadotte, que el día antes había tenido que evacuar á Wagram y retirarse á Aderklaa, estaba aún por la mañana en aquella posición, haciendo punta

contra la línea curva que describían los austriacos. Veía á su derecha á Bellegarde bajar, según las instrucciones del archiduque Carlos, de las alturas de Wagram sobre Aderklaa con la parte más considerable de su cuerpo; veía á su izquierda la reserva de coraceros y granaderos avanzar sobre Süßenbrunn, y con este conocimiento resolvió replegarse á una meseta situada detrás de Aderklaa para acercarse al ejército de Italia por un lado y al cuerpo de Massena por otro. No bien acabó de hacer este movimiento cayeron impetuosamente sobre él las vanguardias de Bellegarde y se trabó un combate encarnizado con los sajones, incapaces de sostenerlo mucho tiempo. De resultas de esto tuvo que cejar mucho terreno.

En el mismo instante las cuatro divisiones poco numerosas de Massena, que todo lo más presentaban una fuerza de diez y ocho mil hombres contra los sesenta mil de Klenau, de Kollowrath y de Liechtenstein, tuvieron que retroceder para tomar sobre nuestra izquierda una posición menos extensa. Massena, magullado todavía de la caída de caballo que había dado días antes, asistía á la batalla según había prometido á Napoleón y todo vendado mandaba desde una carretela abierta.

Juzgando este general que si no se oponía una resistencia enérgica en el mismo punto que acababa de abandonar Bernadotte iban á ser los nuestros repelidos, y que no sólo la izquierda se vería comprometida sino también el centro, se apresuró á dirigir la división de Carra Saint-Cyr á Aderklaa. Esta división, compuesta de los dos soberbios regimientos 24 ligero y 4.º de línea, acometió la posición á ciegas, y á pesar de los obstáculos que le oponían las cercanías de los jardines y las casas, tomó el pueblo con raro ardimiento. En vez de establecerse en él con solidez, tomando sólo consejo de su arrojo, desembocó al otro lado y fueron los dos regimientos á colocarse en la posición donde Bernadotte con razón no había querido permanecer, recibiendo por la derecha y de frente el fuego de Bellegarde y por la izquierda el de la reserva de granaderos. Después de una obstinación heroica, viéronse obligados á ceder á la superioridad del número y á replegarse sobre Aderklaa privados de sus coroneles. Fué entonces el general Molitor á estrechase contra el general Carra Saint-Cyr para sostenerle; pero Legrand y Boudet, que quedaron solos delante de Klenau y de Kollowrath con diez mil hombres á lo sumo contra cuarenta y cinco mil, tuvieron que retirarse sobre la izquierda y abandonar grande extensión de terreno.

Tal era á las nueve de la mañana la posición del ejército francés. Al saberlo Napoleón, seguro de su derecha, donde dejaba al mariscal Davout bien enterado de lo que había de hacer, arrancó á galope, seguido de su estado mayor, para ir cerca de dos leguas de allí á remediar el accidente cuyas consecuencias podían comprometer á su centro. Halló á Bernadotte sumamente inquieto, le tranquilizó y voló en seguida á la carretela de Massena, á cuyo alrededor llovían las balas de cañón. Los granaderos de Aspre, estimulados por la presencia del archiduque Carlos, que se puso á su cabeza, atravesaban en aquel momento el pueblo de Aderklaa después de habérsele quitado á la división Carra Saint-Cyr, y avanzaban victoriosos. El general Molitor, que se había desplegado delante de ellos para cerrarles el paso,

tuvo que formarse un flanco con su derecha replegada para no verse envuelto.

Poco alarmado Napoleón con semejante espectáculo y confiado en los poderosos elementos que tenía á su disposición, se entretuvo algunos instantes con Massena y concertó con él su plan. Ya por la dirección de los fuegos podía conocerse que Boudet había perdido mucho terreno y que el archiduque tocaba con su derecha al Danubio. No faltaban oficiales que acudiesen diciéndole que Boudet quedaba repelido hasta dentro de Aspern después de haber perdido toda su artillería. Con tropas tan firmes como las de Austerlitz, no atemorizadas con el triste recuerdo del revés recientemente sufrido en Essling, no hubiera importado dejarse envolver por la izquierda, siempre y cuando se hubiese mantenido firme el centro y se tomase por la derecha una ofensiva victoriosa. Tomando en breve el mariscal Davout la mesa de Wagram y reconquistado Aderklaa como no podía menos de suceder, hubiéramos tenido una ventaja en hallarnos con la derecha de los austriacos entre nosotros y el Danubio. La hubiéramos cogido toda prisionera, y quizás la casa de Austria habría sucumbido en aquella jornada. Ya lo pensó así Napoleón, como lo dió á entender de allí á pocos días (1). Pero con tropas en que abundaban los bisoños y con gente todavía acobardada con el recuerdo de Essling, hubiera corrido muy grave riesgo, porque era probable que con la sola noticia de que el enemigo había llegado á los puentes se aturdirían y llenarían de espanto. Desechó, pues, esta combinación que hubiera podido ser fecunda, pero que las circunstancias hacían peligrosa, y sólo trató de contener inmediatamente los progresos de los austriacos hacia el centro y la izquierda por medio de una rápida disposición de las tropas que tenía de reserva.

En esto verdaderamente recogió el fruto de su profunda previsión. Tenía por principio que sólo reconcentrando en un mismo punto la acción de ciertas armas especiales era como se conseguía producir grandes efectos, y por esto fué por lo que quiso proporcionar á la guardia una inmensa reserva de artillería y tener á mano una reserva de catorce regimientos de coraceros. Mandó, pues, que avanzase al galope toda la artillería de la guardia, agregando á ésta toda la que hubiese disponible en los cuerpos. Llegaba precisamente al campo en aquella sazón el general Wrede con veinticinco piezas de muy lucida artillería, solicitando el honor de concurrir al movimiento decisivo; otorgóselo Napoleón, y quiso que toda la artillería arrancase á escape, y además envió al general Macdonald con tres divisiones del ejército de Italia, los fusileros y los granaderos á caballo de la guardia y los seis regimientos de coraceros del gene-

(1) De allí á poco tiempo, yendo Napoleón á visitar las tropas acampadas en las cercanías de Brunn, y haciéndolas maniobrar en el campo de batalla de Austerlitz, hablando de las calidades de las tropas en general, de los ejércitos que había mandado, de las batallas que había dado, y fijándose en la última, la de Wagram, que comparaba con la de Austerlitz, dijo que ya se le había ocurrido hacer uso de la maniobra que aquí indicamos, y que indudablemente lo hubiera hecho si hubiese tenido las tropas del campamento de Boloña; pero que con tropas en que abundaban los bisoños no había querido arriesgarlo todo en una combinación fecunda, que hubiera exigido una gran serenidad de parte de los soldados en el acto crítico de dejarse envolver sin desconcertarse.

(N. del A.)

ral Nansouty. Era su proyecto desconcertar el centro de los austriacos con cien bocas de fuego y romperle después con las bayonetas de Macdonald y los sables de Nansouty. Decidió al propio tiempo que Massena con las divisiones de Carra Saint-Cyr, Molitor y Legrand, en columnas cerradas, rompiese por la derecha y se dirigiese luego perpendicularmente hacia el Danubio en socorro de Boudet, ejecutando de este modo una marcha de flanco bajo el fuego de los cuerpos de Kollowrath y Klenau. Las cabezas de puente que había hecho construir en todas partes eran para él suficiente garantía, y en esto también veía ahora el fruto de su previsión. Pero no quería que sus bisoños pudiesen oír cañonazos á sus espaldas ni recelar por las comunicaciones del ejército con el Danubio.

Obedecieron estas órdenes en cuanto se comunicaron. Las divisiones de Carra Saint-Cyr, Molitor y Legrand, conducidas por Massena, forman en columnas cerradas por divisiones, dan una media vuelta á la derecha y desfilan en una larga columna en dirección al Danubio, arrojando con heroica impasibilidad por el flanco los fuegos de Klenau y de Kollowrath. Cargan los generales Lassalle y Marulaz protegiéndolos durante la marcha, y repelen á la caballería austriaca. Mientras se verifica este movimiento hacia la izquierda, Napoleón en el centro, impaciente por allegarse las fuerzas de Lauristón y Macdonald, despacha á estos generales numerosos edecanes para que aceleren el paso, y montando un caballo persa de deslumbradora blancura recorre bajo una granizada de balas de cañón el terreno abandonado por Massena. Arrecia el cañoneo en términos de menudear las descargas de cañón como tiros de fusilería (2), y todos tiemblan á la idea de ver arrebatado por uno de esos ciegos proyectiles que atraviesan el espacio al hombre en quien descansan tantos destinos juntos. Llegan por fin á galope, y haciendo retremblar la tierra, las sesenta bocas de fuego de la guardia, seguidas de otras cuarenta piezas francesas y bávaras. Pónese de jalón el ilustre Drouot por indicación del emperador, los cien cañones toman la alineación de su espada y empieza el cañoneo más tremendo que ha habido en todas nuestras prolongadas guerras. La línea austriaca presentaba desde Wagram á Aderklaa y desde Aderklaa á Süßenbrunn un ángulo entrante, cuyos dos lados formaban por una parte Bellegarde y por la otra los granaderos y coraceros. Disparando constantemente las cien bocas de fuego de Lauristón contra aquellas dos líneas, las acribillan á balazos é inutilizan en breve la artillería enemiga. Observa Napoleón con su anteojo el efecto de aquella formidable batería, y huélgase de la exactitud de su cálculo; pero no basta la artillería para romper el centro del ejército austriaco; necesita bayonetas, y reclama con impaciencia las del ejército de Italia, que acuden velozmente. El intrépido Macdonald, que hacía poco vegetaba en la obscuridad y en la desgracia, marcha al frente de su cuerpo, admirando á los que no lo habían reconocido con su uniforme de antiguo general de la república y dispuesto á causarle más admiración todavía por su modo de conducirse en la pelea: despliega en una sola línea parte de la división

(2) Así lo consigna textualmente el mariscal Molitor.

(N. del A.)



de Broussier y una brigada de la división de Serás; forma en columna cerrada sobre las dos alas de esta línea, á la izquierda el resto de la división de Broussier y á la derecha la división de Lamarque, y presenta al enemigo un cuadro prolongado que cierra con los veinticuatro escuadrones de los coraceros de Nansouty. Queriendo Napoleón darle un apoyo, coloca á sus espaldas bajo el general Reille los fusileros y tiradores de la guardia imperial que formaban ocho batallones, agrega á ellos la caballería de la guardia, destinada á caer en el momento oportuno sobre la infantería enemiga y después espera, con los ojos clavados en aquel grandioso espectáculo, el resultado de aquellas maniobras.

Pasa en breve Macdonald la línea de nuestra artillería para cerrar con los austriacos, avanza bajo una lluvia de fuego, dejando en cada paso el terreno cubierto de cadáveres y heridos, haciendo estrechar filas con el mayor concierto y comunicando á sus soldados la actitud altiva de su propia persona. «¡Qué hombre tan valiente!» exclama repetidas veces Napoleón al verle avanzar tan denodado despreciando las balas y la metralla. Pero arranca de repente el príncipe Juan de Liechtenstein con su caballería pesada contra nuestra infantería que tan resueltamente se adelanta hacia el centro del ejército austriaco; y Macdonald entonces hace parar su cuadro, manda á las dos columnas que formaban sus costados hacer frente, y opone al enemigo tres líneas de fuego. Estremécese el suelo al galope de los coraceros austriacos, pero son recibidos con tales descargas de fusilería que se ven precisados á detenerse y á retroceder sobre su misma infantería, la cual se desordena con su fuga. Era llegado el momento de que cargase nuestra caballería, que, aprovechando aquel instante de confusión, podía hacer miles de prisioneros: da Macdonald orden de hacerlo á Nausouty; pero precisado este general á llevar su tropa al frente del cuadro en el que ocupaba la última cara, pierde á su despecho el tiempo más precioso, y cuando estuvo pronto á acometer, ya la infantería austriaca había reparado en parte su desorden. Entró á la carga, no obstante, y deshizo varios cuadros. Macdonald, lleno de impaciencia, se dirige á la caballería de la guardia, que tenía allí cerca y que mandaba el general Wálther; pero éste no podía recibir órdenes sino del mariscal Bessieres, y Bessieres desgraciadamente acababa de caer derribado por una bala de cañón. Grande era el despecho de Macdonald al verse arrebatado el fruto de la victoria; sin embargo, aunque no había logrado hacer muchos prisioneros, por lo menos había hecho retroceder al ejército austriaco y frustrado la empresa intentada contra el centro y la izquierda de nuestra línea. Desesperanzado el archiduque de repelerlos al Danubio, empezó á perder ánimo, y para desquitarse expuso temerariamente su vida en la refriega. Sus tropas fueron poco á poco evacuando á Adersklau por un lado y á Süßenbrunn por otro.

El grave peligro que amenazaba al ejército cesa en este mismo instante. Massena, dirigiéndose en columna al Danubio y recibiendo de costado el fuego del enemigo, había llegado cerca del río, hacia Aspern, había hecho frente á la derecha, y precedido por su caballería, había vuelto á tomar la ofensiva contra Kollowrath y Klenau. Volvió Boudet á entrar en línea, y avanzando todos juntos repelieron á los austriacos sobre Breitenlee-

é Hirschtatten. Lasalle y Marulaz á la cabeza de su caballería cargan repetidas veces con el mayor denudedo; pero el primero termina de un balazo su gloriosa carrera, viendo huir al enemigo.

El centro del archiduque, batido por cien bocas de fuego y contenido por Macdonald, empieza á batir retirada. Sigue su derecha este movimiento retrógrado. Si el mariscal Davout llega á tomar á la izquierda de los austriacos, según se le ha mandado, la posición de Neusiedel, su derrota es infalible. Tomada esta posición, la línea de alturas de Neusiedel á Wagram no puede mantenerse, y el archiduque Carlos, privado de este apoyo, se verá imposibilitado de tomar el camino de Hungría, separado del archiduque Juan y repelido á Bohemia. Por esta razón, después de asegurado su centro y su izquierda, tenía Napoleón los ojos siempre vueltos á su derecha, hacia la torre cuadrada que dominaba el pueblo de Neusiedel. Sólo esperaba que arriesase el fuego por aquel lado para lanzar el cuerpo de Oudinot sobre Wagram. Quedábanle, por si sobrevenía el archiduque Juan, la mitad del ejército de Italia, el cuerpo de Marmont, la guardia veterana y los bávaros. Tenía, pues, elementos más que bastantes para ocurrir á todas las contingencias de la jornada.

La confianza que tenía Napoleón en el mariscal Davout quedó en esta ocasión, como siempre, justificada. Los generales Montbrún y Grouchy, el uno con la caballería ligera y el otro con los dragones de Italia, habían ya preparado el paso del Russbach por nuestra extrema derecha, bien para ellos mismos, bien para la infantería. Atraviésanlo las divisiones Morand y Friant en pos de la caballería, y replegándose por medio de un movimiento de conversión sobre el flanco de la posición de Neusiedel, forman un ángulo recto con Gudin y Puthod, los cuales quedan delante del Russbach, desde Neusiedel á Baumersdorf. Llegado el momento de acometer, aquellas bizarras tropas, dignas de su jefe, trepan por el recuesto de la posición de Neusiedel con rara intrepidez. Morand, situado á la extremidad de la derecha, avanza el primero por presentar la vertiente por su lado un declive menos rápido y por lo tanto de más fácil acceso. Friant, situado entre Morand y el pueblo de Neusiedel, en el cual formaba el vértice del ángulo, espera á que Morand avance terreno sobre el extremo de la línea enemiga para embestir á su vez la altura, y por de pronto se ciñe á hacer un violento fuego de artillería, que sostiene con sesenta piezas destacadas de varias divisiones. Morand, secundado por la izquierda por aquel cañoneo y por la derecha por las cargas de caballería de Montbrún, trepa con la mayor serenidad á la altura que tiene delante; Rosemberg, para sostener esta embestida de flanco, repliega hacia atrás su línea; pero no detiene á Morand la fusilería de toda aquella parte de la línea austriaca: sigue trepando con desprecio del fuego perpendicular que se le hace, y al llegar arriba cierra con el enemigo en columna de ataque. Entonces el príncipe de Rosemberg dirige un esfuerzo contra la izquierda de Morand, formada por el 17 de línea, y le obliga á ceder por un instante. Al verlo Friant, envía en su socorro la brigada de Gilly, compuesta del 15 ligero y del 33 de línea, los cuales embisten á la bayoneta la altura y repelen á las tropas de Rosemberg. Las divisiones de Puthod y Gudin, que

habían quedado delante del Russbach, entran á su vez en acción conducidas por el mariscal Davout. Puthod cae sobre Neusiedel con sus cuartos batallones, penetra por las calles del pueblo, y traba en ellas sangrienta refriega con las tropas austriacas, á las que obliga á retirarse después de grandes esfuerzos á la altura de la espalda. En el instante mismo, Gudin, que había atravesado el Russbach, asalta denodadamente arrojando un fuego mortífero la mesa de Neusiedel mientras Friant había ya ganado terreno á las espaldas de Rosemberg. Friant y Gudin, en el ímpetu de su doble movimiento, pasan de la torre cuadrada; sin embargo, aún falta algo que hacer. Hasta el presente sólo ha habido que combatir á Rosemberg favorecido por la posición, pero Hohenzollern, que permanecía inmóvil más allá de Baumersdorf enfrente de Oudinot, que todavía no maniobraba, dirige la mitad de sus tropas hacia la torre cuadrada y contra la derecha de Gudin para precipitarle en el Russbach. En vano intenta el enemigo hacer desfilas por entre las barracas del campamento á los coraceros de Arrighi para lanzarlos á la mesa en que termina la altura: sufriendo un fuego nutrido y violento por las angostas salidas del campamento, no pueden dar ya más cargas y se desordenan. El 85 de línea de la división de Gudin, recibido por el más espantoso tiroteo, tiene casi que parar sus movimientos. Los otros regimientos de Gudin se apresuran á socorrerle, y la división entera lidia con Hohenzollern, que se ve gradualmente repelido, mientras Friant y Morand ganan terreno á la espalda, picando la retirada á las tropas de Rosemberg.

Mientras así cumplía su encargo el mariscal Davout, viendo Napoleón que sus fuegos habían pasado más allá de la torre cuadrada, seguro de la victoria, exclama: «¡Está ganada la batalla!» y hace llevar la noticia al mariscal Massena, al príncipe Eugenio y al general Macdonald. Pero no se limita á lanzar el grito de triunfo, sino que manda al cuerpo de Oudinot marchar sobre Baumersdorf y Wagram y tomar aquella parte de las alturas. Lánzanse las tropas de Oudinot sobre el pueblo de Baumersdorf, que no habían podido tomar el día antes, atraviésanle y suben á la mesa incorporándose con la división de Gudin por su derecha. Hácese entonces general el impulso; la línea austriaca es repelida en todas partes, y alineándose en aquel momento la división de Gudin por las de Friant y Morand, vése al cuerpo entero de Davout formar una larga línea oblicua que barre la mesa de Wagram en toda su extensión.

La división de Tharreau, del cuerpo de Oudinot, se dirige sobre Wagram, cierra á la bayoneta con varios batallones, desarma á dos enteros, toma el pueblo y hace numerosos prisioneros. La división de Frere (segunda de Oudinot) pasa á la derecha del pueblo: la división Grandjeán, antes de Saint-Hilaire, sigue el movimiento, repele á la infantería austriaca y la embiste con ímpetu al ver que intenta resistirse. El 10 de infantería ligera cierra con un batallón que se había formado en cuadro y le hace prisionero. Viendo Napoleón que el ejército austriaco va en todas partes de retirada y que nuestra línea se dilata y aun se debilita en algunos puntos á medida que avanza, envía auxilios donde los juzga necesarios, y particularmente al general Macdonald, que se ve separado de Massena por la izquierda y de Berna-

dotte por la derecha. Dirige hacia él la infantería bávara del general Wrede y la caballería de la guardia. Macdonald, aproximándose á Süßenbrunn, se encuentra con parte de infantería enemiga que aún se mantiene firme: toma aquel pueblo, da una impetuosa carga con su caballería ligera y coge de una vez de cuatro á cinco mil prisioneros.

No pudiendo el ejército austriaco mantener el campo en parte alguna de aquel inmenso frente de tres ó cuatro leguas, ni á la extrema izquierda contra Massena, ni al centro contra Macdonald, ni á la derecha contra Oudinot y Davout, ceja definitivamente, cediendo el terreno con más ó menos facilidad según el mayor ó menor empuje de los franceses. Eran las tres de la tarde: nuestra izquierda había repelido á Klenau sobre Jedlersdorf y á Kollowrath sobre Gerarsdorf: nuestro centro había impelido á Bellegarde contra Helmhof y nuestra derecha á Hohenzollern y Rosemberg contra Bockfluss. Temeroso el archiduque Carlos de perder la vía de Moravia y de verse arrastrado lejos del centro de la monarquía hacia Bohemia, mandó por fin la retirada. Vióse entonces un ejército de ciento veinte mil austriacos perseguido por otro de ciento veinte mil franceses, trabando por doquiera innumerables combates parciales y dejando á cada paso en manos de los vencedores numerosos prisioneros, cañones y banderas.

Tal fué la célebre batalla de Wagram, empezada á las cuatro de la mañana y concluida á las cuatro de la tarde. Napoleón tenía todavía de reserva el cuerpo de Marmont, parte del ejército de Italia y de la guardia veterana, es decir, unos treinta mil hombres, para el caso de que el archiduque Juan llegase á tiempo de tomar parte en la acción. Acercábase por fin este príncipe á la llanura de Marchfeld, y asomaba por la derecha sobre nuestra espalda, hacia Schenbrunn. Encontráronse con nuestros corredores los suyos, y produjeron una especie de terror pánico. Las vivanderos y los soldados que en largas hileras iban conduciendo los heridos, creyeron que se presentaba un nuevo ejército para volver á empezar el combate, y en un abrir y cerrar de ojos echaron todos á correr lanzando gritos de espanto. Entre los que huían había muchos bisoños rendidos por el gran calor del día, los cuales, según costumbre, habían abandonado el campo so pretexto de recoger los heridos; y fué tal el tumulto que los cuerpos que habían quedado de reserva tuvieron que tomar las armas, y que Napoleón, que se había apeado para descansar á la sombra de una pirámide formada de tambores, tuvo que volver á montar á caballo. Creyó formalmente que el archiduque Juan le acometía, y ya se preparaba á detenerle con las fuerzas que conservaba intactas, cuando vió alejarse el peligro y perderse en el horizonte las cabezas de columna que por un instante habían asomado. En efecto, el archiduque Juan había recibido el 5 por la mañana la orden que se le había despachado el 4 por la noche de trasladarse á Wagram; no había emprendido la marcha hasta el 5 á mediodía, había hecho noche en Marchegg, había vuelto á ponerse en camino el 6 por la mañana y llegaba cuando ya la batalla estaba concluida. Seguramente no fué su intento hacer traición á su hermano, pero procedió como todos los hombres irresolutos que no conocen lo que vale el tiempo. Si hubiera llegado más pronto, la efusión de sangre hubie-